El Perro Caballero

Juan P Cicero M

Capítulo 1

Capítulo 1. Armados Caballeros.

El sol salió a iluminar las calles de la ciudad capital del reino de Cannist.

El pasto que rodeaba las murallas estaba reluciente y el cielo se despejó presentando un hermoso azul claro.

Las calles estaban animadas como todos los días de verano. Los perros de todas las razas conviven en la capital de su tan amado y perseverante reino. Cachorros jugando por las calles y los adultos yendo y viniendo en un día cotidiano de buen clima céntrico.

Al interior del gran salón de la ciudadela de Cannist, estaba de pie la reina Kika, la jack russell terrier más hermosa de todo el mundo, y rodeado de los caballeros más importantes y también los más jóvenes del reino, Bit Garbanzo se puso de pie en cuanto oyó su nombre. Este personaje estaba a punto de recibir el parteaguas de su vida.

Es un perro entusiasta. Un maltés, ni más ni menos. De blanco pelaje rizado y ojos marrones sobre una nariz negra.

En su asiento había otros cuatro perros: Don Chack de Garrafa, el pastor suizo que había sido su mentor por siete años. El suyo y el de los otros tres: Rover Hernández Castillón el Dálmata, Haruki Sugimura Kawabe el Shiba-Inu y Tomás Buenaventura Pérez el Spitz finlandés.

Al subir ante la reina, iba vestido con el uniforme ceremonial de la orden a la que se uniría: Era un atuendo habitual de caballero, conformado por el pantalón y la camisa debajo de todo, un par de botas, una cota de malla por todo su cuerpo de la cintura para arriba, en el torso tenía un tabardo de color crema y las patas eran cubiertas por guanteletes y botas de acero, hechos de placas de metal cromado así como los protectores en los codos, las rodillas y los hombros. Llevaba una capa de tela blanca y una capucha cubriéndole la cabeza, pero se la quitó para subir. Y encima de este atuendo habitual, llevaba la capa ceremonial, que era toda de color blanco, sujeta a su cuello y hombros con una cadena plateada. En el pecho, al centro del tabardo, estaba el escudo de la orden: Una huella de perro de color negro.

El maltés caminó en medio del pasillo sobre la alfombra roja. Llegó al estrado superior que estaba ante el vitral con las imágenes de los reyes Terrier y sintió un escalofrío tremendo cuando vio ante él a la reina, que lo

miraba atentamente mientras se mantenía firme con ese porte tan magnífico que la hacía parecer casi un ser celestial. Las imágenes que rodeaban el área presentaban a caballeros y damas de batalla que habían sido héroes de antaño y ahora parecía que todos estos héroes miraban el momento con atención. Lo miraban junto con el Sabio que presidía la ceremonia, la mismísima reina, y detrás de ella los cuatro príncipes que eran sus hijos: el valiente Lucas, la erudita Chita, el temerario Pedro y la gentil Vivian. Todos mirando a este maltés que ya conocían de hace un tiempo.

"Es el momento", pensó, "Akim: Me pongo en tus manos, y Te doy Gracias por Todo."

Quiso evitar dejar salir las lágrimas con aquellas palabras, y lo logró, pero no pudo detener su cuerpo, que se estaba estremeciendo casi incapaz de contener la emoción. Menos pudo cuando estuvo cara a cara con la reina, ante quien hizo una genuflexión solemne y respetuosa. Una trompeta sonó, y en cuanto terminó su canto, Bit se puso sobre una sola rodilla, con los nervios notándose en su rostro, pero levantó la cabeza y dedicó a la reina una emocionada sonrisa, para luego bajar la mirada torpemente dándose cuenta de su atrevimiento.

La reina sonrió con una calidez maternal y mucha simpatía. Extendió la pata y Bit le dió gentilmente un beso.

-Bit Garbanzo Manzanar Del Valle, hoy serás investido caballero del reino de Cannist con todas las obligaciones que tan elevado cargo conlleva. ¿Estás dispuesto, preparado y listo para aceptarlo?

El maltés, sonriendo entre los nervios que amenazaban con hacerlo temblar, habló con toda la firmeza digna del momento:

-Sí, mi señora. Tomo con gratitud y dignidad el honor que me ha concedido benignamente de servir al Reino de Cannist como caballero, y

al Reino de Akim.

Lo último había sido una jugada involuntaria. ¿De los nervios tal vez? La costumbre es terminar con "del reino de Cannist", pero Bit de pronto no tuvo control sobre su lengua cuando dijo "y al Reino de Akim". Se dio cuenta unos segundos después, y abrió los ojos sorprendido y nervioso, cuando se dio cuenta. Pero no había dicho nada malo, ni nada que no fuera cierto: Incluso por encima de ser un caballero de Cannist, sería un Caballero de Akim. Y ante tal añadidura que nada tenía de inconveniente, la reina sonrió aún más ampliamente, encantada de encontrar a un caballero que supiera reconocer quien es El Rey, por encima incluso de ella.

Un sabio joven pasó a un lado de la reina y el joven maltés, llevando entre sus manos una espada envainada en una funda de cuero y con la empuñadura brillando de color plateado. Era un pastor australiano, y junto a él, otro sabio se puso de pie, este era un San Bernardo, y dijo con fuerte voz:

"Akim, Rey Supremo y Absoluto, de Animalia, bendice esta espada con la que tu caballero será ceñido"

Recitó una oración en la que pedía a Akim que en el simbolismo y en la práctica esa espada fuese usada para defender santuarios, hogares y negocios, y a todo macho, hembra y cachorro entre los habitantes perrunos de Cannist, atrayendo corazones a la luz de la verdad y la justicia, y rechazando y combatiendo las tinieblas y luces del engaño.

El Sabio entregó la espada a la reina y ella la sostuvo hacia abajo en forma de cruz y así se quedó de pie un rato, con mucha solemnidad.

El Gran Sabio se dirigió a Bit con firme postura y llevando un rollo entre las manos, que fue desenrollando y lo iba leyendo mientras hablaba al maltés:

-Ahora, Bit Garbanzo Manzanar Del Valle de Cannist, ¿juras solemnemente cumplir con las diez leyes principales de la caballería?

El maltés habló con la mayor claridad de voz que pudo diciendo, con honestidad en su intención al estar bien consciente de lo que estaba

afirmando:

-Sí, lo juro!

El Gran Sabio prosiguió:

-¿Juras seguir las virtudes de todo caballero con atención y para vivir rectamente y ser en toda tu actitud un ejemplo de virtud para todo ciudadano del reino y de las tierras extranjeras?

-Sí, lo juro - repitió el maltés con la misma sinceridad, discernimiento y seguridad de la primera vez.

-¿Y juras estar siempre al servicio de Akim y Su Ley Sagrada, de la corona real de Cannist, y de todos los ciudadanos que conforman este reino, grandes y chicos, fuertes y débiles, todos por igual?

-Sí, lo juro - dijo Bit una vez más. Y se llevó las patas al pecho al terminar, simbolizando el llevar todos sus juramentos y las virtudes que reclamaba en ellos a su corazón y resguardarlos ahí para siempre, para que fueran los que le dieran vida con cada palpitar y bombeo de su sangre y que si algún día le llegasen a faltar sus promesas, fuese igual a que le llegase a faltar la sangre necesaria para vivir.

La reina asintió agraciadamente y avanzó en dirección al maltés, quien ahora bajó su rodilla derecha, la que aún estaba levantada, y se quedó de rodillas mientras bajaba la cabeza a la par que la reina se acercaba a él. La reina puso la espada en posición recostada y se la presentó a Bit, quien la miró con hermoso cariño. La tomó sólo de la funda, mientras la reina la iba desenvainando levemente con elegancia, sujetándola por la empuñadura que estaba envuelta en un metal fino como el platino y brillante como el cromo. Poco a poco se fue revelando su hoja, que no era de acero ni ningún otro metal sino del fino y cristalino “Vidriamante”, tan claro como el cristal y tan sólido como el diamante y más brillante y

resistente que el acero inoxidable, pero a la vez tan liviana como un rollo de tela fina. Era semejante al cristal en cuanto a su apariencia tan frágil, su pureza y su transparente color, pero en todo lo demás no era para nada similar al cristal o al vidrio. Sólo muy pocas herramientas podían trabajar en este material y sacarle filo era un trabajo muy noble y preciso, por lo que sólo los caballeros tenían sus espadas forjadas con él, y eso sólo algunos caballeros, pues la mayoría también tenían espadas de acero. No era el arma que le darían a un caballero recién armado, pero Bit ya se la había ganado previamente y era de su propiedad, aunque la aventura en la que se la ganó será contada otro día. Los demás soldados del ejército tenían armas con hojas de acero inoxidable. El "vidriamante" era tan puro que parecía estar hecho de aire o de hielo, pero era filoso como una hoja de afeitar. Sin embargo, era también considerado un material "inteligente": no cortaba materia orgánica que aún estuviera viva, salvo para herir y neutralizar, pero se negaba a matar, a menos que su contrincante fuese un enemigo inerte (sin vida, como era el caso de la mayoría de los soldados en La Coalición). Por eso algunos se burlaban de él considerándolo un material inutil para las espadas (que no lo era, pues con unos cuantos golpes certeros podía desbaratar las armas convencionales), pero era todo lo contrario, el material más noble con el que se podían fabricar… o uno de ellos, como eventualmente descubrirás.

-Y ahora haz tu juramento final delante de la reina y señora a la que servirás en tu carrera militar- dijo el Gran Sabio de Animalia.

-Yo, Bit Garbanzo Manzanar Del Valle, juro total lealtad y fidelidad a Akim, su Fe y su Ley por encima de todo; a la corona de Cannist y su familia de cargo, su consejo y su (pudo añadir "y a su parlamento", con los cambios recientes en el reino, pero Bit no estaba de acuerdo en eso y pudo anular este paso), y a la reina Kika de Cannist junto a su esposo, el rey consorte Gulliver, primero de su nombre.

Hubo un silencio emocionante. La reina sonreía complacida, estaba encantada con el valor, la sinceridad y el amor que veía en los ojos y oía en la voz del joven bichón maltés cuyo corazón latía a mil por hora viviendo como su sueño se volvía realidad en la vida.

La reina le presentó la espada cristalina sosteniéndola por el mango con una pata y por la punta con la otra, con mucho cuidado.

-Don Bit Garbanzo Manzanar Del Valle, eres desde este momento caballero del Reino de Cannist… - mientras decía esto, con suma cautela colocó la hoja de la espada sobre el hombro derecho de Bit, y luego la

pasó al izquierdo - … y de la Orden de la Huella Negra.

Mientras Bit contenía la emoción y una desbordante sonrisa, la espada se posó suavemente sobre su cráneo, y luego sobre sus hombros de uno en uno.

-Por Akim y por Cannist - dijo la reina, dando fin al momento clave del espaldarazo - Ahora levántate, y toma tu espada, caballero.

La reina volvió a poner la espada en pose de cruz y se la entregó al maltés, que la sostuvo por el mango con su pata izquierda mientras volvía a llevarse la derecha al corazón.

-A partir de este momento, Don Bit, eres caballero de Cannist. Actúa como tal y nunca deshonres este puesto.

El maltés levantó la mirada lleno de emoción. Miró unos segundos a los príncipes. Todos estaban contentos pero se mantenían serenos. La princesa Chita fingía seriedad, pero le guiñó un ojo emocionada. Viejos rivales (ella le hacía bullying de pequeños), ahora amigos de confianza, con esa rivalidad aún fingidamente viva.

En ese momento Bit no debía decir nada, pero una aguda inquietud lo carcomía en su interior y en aquel momento tan especial, se dirigió a la reina sin atreverse a mirarla:

-Mi señora - dijo - Juro ser leal a los ideales de la caballería, de todo el reino de Cannist y de la Fe de Akim, pero solo soy un débil perro faldero que desconfía de su propia debilidad. Le suplico que no se olvide de mi y que con los sabios de su cercanía pidan siempre por mí ante los guardianes de Animalia, para que intercedan ante Akim y así Él me mande fuerzas y me sostenga siempre, para no tropezar con piedras ajenas ni propias.

La reina reaccionó con una inmensa sorpresa de la que se sintió muy conmovida y enternecida. La mayoría de los presentes guardaron silencio, pero hubo algunos que soltaron murmullos, ya sea preguntándose qué diría la reina o incluso burlándose de la petición del maltés.

La reina asintió y levantó el rostro del maltés para que la viera a los ojos.

-Así lo haré. Porque percibo la bondad y la emoción de tu corazón, y porque has aprovechado este momento para hacer tan noble y humilde pedido, te prometo, Bit, que no habra ningun solo dia en el que no rece y pida por ti en particular, mi caballero.

Concluyendo con una cálida sonrisa y con un gesto tanto de soberana como de familiar, la reina se inclinó y le dio un beso en la cabeza al maltes, con el mismo cariño de una madre a su cachorro.

Todos los presentes se llenaron de asombro. Nunca había sucedido algo así, al menos no en el reinado de esta monarca. Los reyes armaban seguido caballeros con los ideales e intenciones más nobles en sus corazones, y aun así siempre debían mantenerse serios ante todos, incluso los más destacables, para que no hubiera ninguna señal de favoritismo. Pero ahora, Bit de algún modo había cautivado a la reina. Ella lo bendijo como lo hace comúnmente con sus cuatro hijos, los príncipes. Con solo ese gesto, Bit se ganó en la historia de Cannist un puesto curioso, como protegido especial de la reina regente.

Y al pobre maltes casi se le sale el corazón por esto. Mientras la reina volvió a su lugar, se obligó a sí mismo a mantenerse firme, porque el aire se le quería escapar y los nervios se habían vuelto locos en su interior.

Luego la reina habló a todos los presentes diciendo:

-Un caballero que reconoce su propia debilidad y quiere sobreponerse a ella, es ya más fuerte que todos los bravos guerreros del mundo. - dijo la reina en alta voz para que por todo el salón la escuchara, y esa proclamación de verdad se quedará grabada en todos los que como el maltés iban a ser armados caballeros ese día. - Levántate, mi caballero. El maltés se levantó ya no como un escudero, sino como caballero del reino y de Akim, ante la mirada de todos los presentes y la luz del sol que entró por el vitral de la cúpula de la ciudadela desde su posición en el oriente lejano, bañando como un crisol al joven can que recibió, de nuevo envainada, su espada de las manos de la reina, que le sonreía con un calor maternal.

Los tres amigos y el pastor suizo chocaron las patas entre sí sin dejar de ver a su querido maltés. Todos los presentes sabían quién era este perrito, aparentemente tan insignificante.

-¡Gloria a Akim, que recibe un nuevo caballero!

A su ritmo, cada uno de los escuderos presentes pasó. La reina no demoraba más de unos cuantos minutos en atenderlos, pero lejos de hacerlo como algo rutinario y sin emoción, ella sabía que cada uno de estos caballeros era un alma viviendo su propio momento, y cada uno de ellos tenía un corazón que latía con frenesí en su interior ahora que estaban convirtiéndose en héroes y heroínas de su generación. El dálmata Rover se inclinó emocionado y sin borrar su sonrisa. Haruki estaba nervioso y temblaba un poco, pero Tomás como buen líder fue quien mejor mantuvo la compostura de los cuatro. Y después pasaron más y más, hasta que al cabo de una hora los 200 jóvenes estaban ya todos

armados caballeros y damas de batalla. Cada uno con su atuendo personal y su túnica ceremonial de la orden correspondiente. Los "gemelos" Max y Diego pasaron uno tras otro, el joven y tímido Alan Montes, y el gallardo Kenai también, junto a más perros machos y hembras que estaban en el mismo camino.

Y así, Bit y sus amigos salieron de la ciudadela convertidos en caballeros del reino de Cannist. La ciudad parecía un nuevo mundo para ellos al salir. El cielo estaba totalmente despejado y brillaba de un azul cyan hermoso que decoraba el gran palacio en frente de ellos y el Gran Santuario a su derecha. Una multitud de gente con atuendos variopintos los esperaba y los ovacionó con fuertes aplausos y gritos. Los nuevos caballeros estaban armados.

En la ciudadela, la reina fue ayudada para avanzar hacia la salida sin tener molestia entre tantos presentes y acompañada de su cortejo y sus heraldos se encaminó de vuelta al palacio, atravesando la plaza del centro en medio de un camino que le abrieron los nuevos caballeros. La gente le aplaudía y ovacionaba. Sus hijos la seguían y en el trayecto, la princesa Vivian se detuvo emocionada a darle un abrazo a Bit, a quien quería como a un hermano. Luego fueron al palacio a reunirse con el rey y los demás príncipes (ellos se habían quedado a un banquete entre los nobles de la ciudad en el palacio, pero apenas comenzaba cuando la reina volvió de armar a los nuevos héroes).

-¡Akim salve a la reina! - gritaban muchos. En su camino, la reina volvió a encontrarse con Bit y le dedicó una mirada de tanto cariño y orgullo, que al maltés le infundió una seguridad inmensa, convencido de que estaba ya siendo desde su armamento un caballero excelente y estaba destinado a serlo siempre. La reina le sonrió y siguió con su camino.

-¿Alguien había imaginado que sería tan bellamente maternal? - preguntó Tomás a sus amigos. - No sé cómo describirlo, pero así lo sentí.

-Sí lo esperaba - dijo Rover - No por nada es una reina.

-¡Y vaya reina! - dijo Haruki - Nunca había visto a nadie tan bella, gentil e imponente a la vez… Nadie salvo mi mamá, al menos.

Bit asintió con la cabeza.

Ella caminó hasta llegar a las entradas del palacio a la luz de las rejas doradas que los guardias abrieron para darle paso a su hogar, y así la reina se despidió de la escena ese día. De vuelta a la íntima vida de la familia real de Cannist.

-Hay algo que presiento en ella - dijo Bit.

-¿Algo como qué? - preguntó Rover.

-No lo sé… - dijo el maltés - Fue como sentir que estaba en presencia de una guardiana. De alguien que esconde una naturaleza más allá de lo visible. Como si quisiera comunicar algo con la mirada, con los gestos, con la forma en que se movió en cada acto durante toda la ceremonia.

-¿Y qué estaría comunicando? - preguntó Tomás - Sin duda alguna, siento que transmitió muchas cosas. Creo que resumió en cada movimiento toda la vida e historia de nuestro servicio hacia ella, hacia su reino y hacia Akim.

-Sí, eso ayuda - dijo Bit - Hay algo muy espiritual en el asunto. Sentí como si en sus ojos pudiera ver una profecía. No tengo idea de qué me diría esa profecía, pero sé que era favorable. Como una promesa amiga.

-Bueno, no es por nada. Estarás en sus oraciones diarias de aquí en adelante. Creo que hasta te quiere adoptar. - dijo Rover, dándole un golpe en el hombro a su amigo.

-Ya de por sí él y Chita son algo así como “hermanos de otra sangre”. - añadió Haruki. -

-Es un excelente comienzo - dijo Tomás - Aunque nos armara Chack en la bodega de Garrafa habría sido fenomenal. ¿Pero la reina, en la ciudadela de la capital? Esto es empezar en lo alto. Ahora siento como si estuviera en la cima del mundo sin estar preparado, pero aunque miremos abajo, de aquí ya no podemos sino seguir.

Hechas ya todas las ceremonias, Bit y sus amigos no vieron la hora de lanzarse a correr por todo el reino con los estandartes reales y las espadas brillando a contraluz buscando toda clase de aventuras, saliendo en las motos y llegando a donde pudieran, aunque era claro algo que ellos ya habían vivido en los campos y los mares cuando eran escuderos, pero ahora sentían que estaban listos para lo que sea. Aquellas aventuras los habían atacado por la espalda, ahora ellos las recibirían de frente, o al menos así sentían que sería.

Pero había una cosa más que hacer, antes de ir al cuartel general de caballeros en el oeste de la ciudad y unirse a todos sus compañeros de ceremonia que iban a celebrar la nueva etapa permanente de sus vidas.

Así que los cuatro marcharon, llenos de júbilo y conteniendo la emoción mientras cruzaban las calles saludando a todos los que los veían asombrados, desde cachorros emocionados hasta ancianos admirados. Hicieron el trayecto de vuelta al castillo de Garrafa (Chack se había

adelantado, pues los mentores salieron primero que los nuevos caballeros, y es su deber ir de vuelta a sus castillos o casas, y que sus aprendices los alcancen para tomar sus cosas y despedirse de ellos). Hasta que estuvieron otra vez entre las arboledas que daban hacia el territorio de Chack, y pudieron comprobar que estaban solos, los cuatro se pusieron a saltar y a correr, con todo y capas y armaduras, y llevando las espadas a un lado, y a gritar como los perros más felices de la tierra.

Cannist tenía nuevos caballeros.

©JuanCicero

©TheUnderDogStudios

Todos los derechos reservados

A.M.D.G. - D.G. - L.T.C. - J.M.J. - V.C.R.